

Capítulo 1. Importancia del saber pedagógico para la formación de los docentes

*“Quien enseña aprende al enseñar
y quien aprende enseña al aprender”.*

Paulo Freire.

La presente propuesta es una reflexión que se realiza desde la experiencia como docentes universitarios y gira alrededor del constructo triádico que se gesta entre el saber pedagógico, los saberes epistémicos y la formación docente; entramado que se teje y que hace asequible reflexionar en torno al proceso enseñanza-aprendizaje dentro de un contexto social, cultural, económico, político y ecológico determinado; para lograrlo, se hace una conversación directa y asertiva con autores como: Campos (2011); Marcano y Reyes (2007); Zuluaga (1999); Cárdenas et al. (2012); Vitarelli y Giordano (s. f.), entre otros y, por supuesto, el Ministerio de Educación Nacional. Igualmente, el objetivo principal de este texto es darle relevancia al saber pedagógico en la formación de los docentes. De suerte, que para llegar a él, se hará un recorrido conceptual que englobe la triada enmarcada, claro está, sin soslayar los presupuestos de la plurimulticulturalidad y la interdisciplinariedad.

Una de las características fundamentales del ser humano, a lo largo de su existencia, ha sido el querer darle explicación a todo lo que lo rodea, iniciando con la curiosidad ante lo que escapaba de su comprensión. De esta manera, se le ha dado forma a la epistemología como ciencia que se encarga de pensar en el conocimiento:

...Es parte de la filosofía que estudia el conocimiento científico en los fundamentos de su verdad. Es decir, los criterios por los que podemos admitir la objetividad de los fenómenos cognoscitivos. Estudia cómo se genera el conocimiento y da los criterios de verdad del saber. Se ocupa de la definición del saber y de los conceptos relacionados, de las fuentes, los criterios, los tipos de conocimiento posible y el grado con el que cada uno resulta cierto; así como la relación exacta entre el que conoce y el objeto conocido. (Campos, 2011, p. 26)

La epistemología, como se infiere, abarca todo el espectro amplio en el que se mueve el conocer y el ser, en relación con lo conocido y el objeto de conocimiento, lo que lleva, ineluctablemente, a tener a la epistemología como pináculo sobre el que se sostiene el pasado, el presente y el futuro del ser humano, como parte de un entramado holístico al que se llama vida. Con la epistemología, en concordancia, las sociedades pueden y deben abreviar de lo que fue, para trabajar en lo que será. Es así, que la formación docente es la llamada a encauzar

todos esos conocimientos sabios en saberes enseñados, gracias a la pedagogía, como ciencia que reflexiona alrededor del proceso enseñanza-aprendizaje, y a la didáctica, como subsidiaria de la pedagogía.

El saber pedagógico y la formación docente deben estar íntimamente relacionados con la epistemología, por cuanto lo que se persigue, en últimas, es hacer del individuo un sujeto consciente, activo y coherente dentro de su contexto determinado. Empero, antes de continuar con este tópico, se hace necesario darle una mirada, somera, a las categorías de análisis epistemológico, entre las que se encuentran: el rol del docente y del educando (como actores individuales) en la construcción del conocimiento; concepto de formación docente y la relación teoría-práctica (episteme-praxis).

En primer lugar, el rol de docente es visto por Imbernón (1998) (citado por Marcano y Reyes, 2007) como aquel que: "...responde a una concepción epistemológica, ontológica, metodológica y ética, y de acuerdo con ella se harán los énfasis que hay que desarrollar en los procedimientos e investigación de la formación del profesorado" (p. 295). El rol docente, por lo tanto, está permeado por el contexto sociocultural, económico-político y ecológico inmediato en el que se enmarque, por la percepción del ser en su relación primigenia con ese contexto y con su propio *yo*, con la delimitación clara de un camino por seguir y por una deferencia marcada por el *otro*; lo que dará como resultado un rol docente consciente, crítico y coherente del proceso enseñanza-aprendizaje. Jiménez y Romano (2011) mencionan que el rol del docente no es otro que el de hacerle hermenéusis a la realidad, para que su complemento: (el discente) la aprehenda, la signifique y la resignifique.

Con base en Imbernón (1998, citado por Marcano y Reyes, 2007), emergen, entonces, los modelos de formación docente: andamiajes sobre los que se asienta el quehacer educativo y que dan sentido a la labor del maestro, sustentados en la pedagogía.

Los saberes que orientan las prácticas docentes son la base constitutiva de una red de conceptos, representaciones, certezas y creencias (...). La docencia, como práctica social, se inserta entre educación y sociedad, entre sujetos mediatizados por el conocimiento como producción social y el objeto de enseñanza en la educación de formadores es precisamente el conocimiento del oficio del docente.

Ahora bien, el rol docente tiene su razón de ser en función del educando, como parte imprescindible del binomio docente-estudiante. El rol del estudiante no se puede tomar como una copa vacía que espera a ser llenada por el poseedor del conocimiento. Todo lo contrario, el discente es el actor protagónico del proceso enseñanza-aprendizaje, en el que se gesta, se concibe y se mueve todo el contexto educacional; el Consejo Nacional de Acreditación de Escuelas normales

superiores -CAENS- (2000) escribe que el estudiante es el: "...sujeto de la educación...", se debe tener claridad en la condición incuestionable que tiene el discente en su papel de otorgarle significado a todos los contenidos que se circunscriben dentro del proceso enseñanza-aprendizaje.

Para continuar con la idea inicial, es pertinente hablar de la formación docente, la cual, en este caso, es entendida como: "...el proceso de conformación del pensamiento y del comportamiento socio-profesional que se inicia formalmente en la enseñanza sistemática de grado y se desarrolla en el desempeño en el puesto de trabajo". (Davini, 1995, citado por Vitarelli y Giordano, s. f., p. 82). Cabe resaltar, que la formación docente es impensada sin el soporte epistémico de la pedagogía, como bien queda constatado con lo que estipula el CAENS (2000). La pedagogía, como saber fundante, se constituye en fuente y vector que potencia la formación de un sujeto portador de un saber que integra la comprensión de la educabilidad y la enseñabilidad, a la vez "que contribuye a la construcción de una cultura de la convivencia, del pluralismo, de la solidaridad, de la participación y de la preservación del medio ambiente, creando mecanismos para la formación de una cultura internacional y de una justicia social" (p. 4).

Como se hace evidente, la formación docente es un estadio vertebrador de todo el constructo que se presenta en el proceso de enseñanza-aprendizaje, puesto que se funde con el saber pedagógico y con la epistemología de la pedagogía como ente rector.

Para finalizar con las categorías de análisis epistemológico, es necesario mencionar la relación teoría-práctica (episteme-praxis); toda vez, que es con esta bipartita que el contexto educativo cobra sentido en el estadio social, cultural, político, económico y ecológico específico; en concomitancia, Guyot (s.f., citado por Gorodokin, 2005) escribe:

...La relación teoría-práctica se concibe como un modo peculiar de ser por parte de los sujetos, fruto de su historización personal, en la cual la capacidad de hacer y ser se retroalimentan y sostienen mutuamente como fundamento de la acción creativa del hombre. (p. 1)

La correspondencia entre teoría y práctica, por lo dicho, es el nicho en el que descansa todo el entramado epistemológico, que da vida al saber pedagógico y, a su vez, a la formación docente que se enlaza con el discente como meta final del proceso enseñanza-aprendizaje.

Es de suma importancia entender que el saber pedagógico es episteme en su más íntima acepción (Zuluaga, 1999); y que configura la realidad del quehacer educativo en el que el binomio docente-estudiante se funde, de tal manera, que el proceso enseñanza-aprendizaje se constituya en punto de partida para que la sociedad haga del sujeto un ser en la concepción ontológica y no posmoderna, en

el que el tener sea el fin primordial de la existencia; Zuluaga (1999), en torno al saber pedagógico afirma:

...El saber nos permite explorar desde las relaciones de la práctica pedagógica hasta las relaciones de la Pedagogía, así: primero de la práctica pedagógica con la educación, la vida cotidiana de la escuela y el entorno sociocultural que la rodea, pasando por las relaciones con la práctica política. Segundo de la Pedagogía con la Didáctica, su campo de aplicación y de articulación con los saberes enseñados; con las Ciencias de la Educación; con la historia de la educación y de la Pedagogía que los historiadores de las ideas toman como historia de su “progreso”; y con las teorías que le han servido de modelo o de apoyo para su conformación. (p. 26)

Con todo lo mencionado hasta aquí, se puede decir que el saber pedagógico, la epistemología y la formación docente se amalgaman para posibilitar que el proceso enseñanza-aprendizaje no soslaye, en ningún momento y bajo ninguna circunstancia, el contexto sociocultural, económico-político y ecológico del escenario educativo donde se aglomera y en el que sus actores: educando-discente, sean conscientes, activos y críticos de su propio devenir como personas comprometidas y acordes con todo el constructo en el que viven.

La episteme, la pedagogía, la formación docente y la praxis, por tanto, deben estar interconectadas necesariamente en un abrazo fraterno con el que la plurimulticulturalidad y la interdisciplinariedad permitan hacer de la sociedad un lugar en el que la diferencia sea tratada con deferencia y donde el *yo* esté supeditado al *otro* y viceversa; para intentar la utopía, al fin, de un lugar en el que vivir no sea pervivir.